

Para Albert Gyergyai

## Un hombre duerme mecido por la corriente

¿Dónde sentarse? El puente está atestado de piernas de bellas durmientes; habría que despertar a muchas de ellas para llegar hasta la última silla libre. Abajo hay tantas señoronas y diplomáticos jubilados como sillones. Y me miran. Me esfuerzo por simular un interés especial por este castillo flotante, ¡ellos han visto muchos! Prefieren que me avergüence de mi cara taciturna; sus miradas bobas me preguntan dónde no he dormido. El único refugio posible está en la parte delantera, entre el cordaje y las cadenas, en un banco mojado; no necesito más para echarme y ver cómo fluye sin cesar el agua de este hermoso Danubio amarillento, el más inodoro de los ríos.

Dormir. Sin haber podido recordar esa melodía que llegaba desde el balcón donde cantaba la Schumann; sin haber podido recordar el nombre de quien acompañé a su casa a eso de las cinco de la mañana pasando por delante de barrios relucientes, árboles y fuentes con chorros de agua; sin haber podido recordar las conversaciones de esa fiesta, solo la frase, la única frase, que Richard Strauss me dirigirá en su vida: «Caballero, buenas noches. Estoy cansado, me voy a acostar». Se produjo en el guardarropa: se estaba poniendo una manga del sobretodo y me ofreció la otra para estrecharla sin que su mano hubiera salido aún. Dormir mecido por la corriente, entre la extraña noche de la fiesta y el insospechado horizonte de un viaje fortuito que arranca con insomnio. Una travesía para no pegar ojo.

El mundo resurge en armonía. Una música húngara despierta a un vagabundo afligido aunque afortunado: se levanta y reconoce aquello con lo que soñaba.

Dan las ocho en los campanarios de la capital, que se va acercando con la luz rojiza que desprende una noche calurosa en la llanura, con sus cúpulas y sus fachadas fértiles en reflejos. Pasamos por debajo de puentes altos y ruidosos a lo largo de un muelle salpicado de terrazas.

Nos sueltan entre esa multitud y esas melodías, dos caras amigas me sonrían. Ah, la grácil libertad de los recién llegados, las primeras ojeadas a calles que se cruzan y emiten señales al mañana, presentación de mis expectativas a las jóvenes promesas nacionales (no hemos entendido los nombres, intercambiamos miradas furtivas con esa ligera embriaguez de la amistad que llegará). Y la generosidad de la luz previa al anochecer, y esa especie de aprecio por todo lo que puede suceder que se llama, creo, juventud.

Me quedé dormido en una residencia grande y tranquila de bóvedas oscuras que resulta ser un famoso colegio.

## En busca del objeto desconocido

Nadie sabe mi dirección y tampoco espero nada en este primer despertar que he tenido gracias a mi suerte húngara. Estoy liberado. En casa, el ansia por el correo se apodera de mí. Espero LA carta, espero algo que sea muy importante. Tres decepciones diarias solo alimentan el deseo. A veces imagino que el cartero me trae ese paquete insólito, el regalo que anuncie una milagrosa y regia visita. Con el silencio de la veneración

satisfecha, de esos objetos sin nombre, inútiles, de una perfección inquietante, obtendría las evidencias de un mundo que los poetas tratan de describir sin haberlo visto y del que solo sabemos que allí todo tiene su reflejo más puro.

El viaje interrumpe ese desasosiego por un tiempo. Me digo que yo mismo saldré a buscar, daré los primeros pasos, que son los más agotadores, ¿y si la sucesión de errores tiene un día el efecto de un conjuro capaz de cambiar el destino? Ay, esas cárceles decepcionantes en bazares, puestos de feria, al fondo de tiendas de segunda mano de provincia, en el altillo de un castillo prusiano donde tejían unas arañas asombrosas... Allá donde el desorden natural de las cosas podía cobijar el objeto desconocido que buscaré hasta el fin de los días.

He aquí mis amigos. De inmediato, la pregunta cruel: «¿Y qué has venido a hacer a nuestra tierra?». (En Hungría, a veinte horas de tren, dicen «nuestra tierra», algo que no se oye en América.)

¡Por todos los santos! Está clarísimo, necesitas una excusa «confesable» como sea. ¿Siempre me pedirán documentos aunque me los invente? Las molestias de un viaje no son nada comparadas con tener que explicar por qué se ha emprendido.

Entretanto, recorro la mirada por una estantería donde creo encontrar mi salvación:

—¡Peter Schlemihl y A. O. Barnabooth! ¡Queridos hermanos míos! —exclamo—. Los tres arrastramos una carga que, lejos de deteriorarse, se convierte en nuestra razón para vivir. Vuestros embrollos me parecen envidiables, ¡qué suerte tenéis! Al menos sabéis cuál es la causa de vuestra desgracia... Yo, no. Barnabooth sabía perfectamente que no podía perder su fortuna. Peter Schlemihl sabía que había perdido la sombra. En cambio,

yo busco un objeto desconocido. ¡Un destino infatigable que me condena a todo tipo de sortilegios! Los deseos más incomprensibles se apoderan de mí como supersticiones. Me fundo el dinero en una lotería que tal vez no dé ningún premio y me temo que nunca me arrepentiré, nunca.

En el rostro de mis oyentes se dibujan una ironía indulgente y la conmiseración apenas celosa que se reserva para los desvaríos de una juventud trasnochada.

—Es usted un aficionado a los trastornos ilustres. Qué escaso sentido de la realidad. Aun así, le enseñaremos nuestra Hungría o, al menos, lo que queda de ella.

Y para ello, me arrastraron a un museo sin asientos.

El Museo de Bellas Artes de Budapest atesora algunos paisajes románticos con cielos rebosantes de desmesura. Y ese *Retrato de un joven* de Giorgione, ante el cual hay que callar para poder escuchar lo que oye.

## En la tumba de Gul Babá

En Buda, hay callejuelas donde aún huele a Turquía. Mientras deambulamos por ellas, una tarde abrasadora, me mostrasteis unos muros ennegrecidos que teñían de un color rojizo la cumbre del Rózsadomb, la colina de las rosas. Una antigua mezquita, me dijisteis, la tumba del profeta Gul Babá. Después, como se estaba haciendo de noche, volvimos a cruzar un gran puente palpitante y regresamos a Europa.

Al día siguiente me escapé del excelente y enriquecedor programa oficial para buscar el camino hacia Rózsadomb. «Allí solo se encontrará un par de babuchas en una mezquita vacía que a

nadie se le ocurre visitar», me dijeron. No ven que un lugar con semejante nombre solo puede ser extraordinario.

Quien no cree en el poder de los nombres permanece cautivo de los sentidos, pero quien es un auténtico viajero no renuncia a comprobar la realidad del misterio.

Mientras subía a Rózsadomb aquella mañana abrasadora, era muy consciente de que obedecía a eso que los psicólogos llaman una conducta mágica. Sin embargo, llevar a cabo una fijación injustificable es delicioso: es la satisfacción fundamental de la infancia. Así pues, cargado con mis ideas sobre Oriente, iba su- biendo con gesto grave, como creo que lo haría el día de mi pe- regrinaje al templo del objeto desconocido.

Esto es lo que vi: se cruza una barrera y un patio vacío; luego se coge el sendero que sube zigzagueante a través de un jardín de arbustos secos en dirección a una mansión o un palacio barroco bastante decrepito, un decorado de piedra oscura algo endeble devorado por rosas Crimson. Hay que pasar por una galería cubierta y subir por una intrincada escalera, columnas pequeñas y estatuas, deterioradas y cautivadoras, por doquier. (Con vistas a las casas pobres que están un poco más abajo y la ropa colgada en patios exiguos y polvorientos.) Se llega a una plataforma pavimentada, muy caliente, entre dos paredes bastante altas donde una parece ser la fachada de una capilla, pero tiene la puerta cerrada. A través de una apertura estrecha, se pasa a una segunda terraza más amplia donde hay algunos árboles frente a una especie de torre de baja altura que los rosales cubren casi por completo, y que parece imposible ubicar como parte del conjunto arquitectónico. Ahí es donde entro.

Paredes desnudas. Un catafalco de madera en medio de la estancia, arropado por un tapiz o bandera, muy bonito y fino,

con caracteres turcos bordados en hilo de oro. Un papel amarillento que cuelga enmarcado en la pared cuenta la historia de Gul Babá, el último héroe musulmán que ha dado que hablar en Hungría. En realidad, se llamaba Kel Babá, que significa el profeta calvo, y los húngaros, por error, lo convirtieron en Gul Babá, que significa el padre de las rosas. Mediante esta naturalización, sigue protegiendo la ciudad (junto a san Gerardo, cuya colosal estatura, que se eleva sobre una roca con los brazos alzados, dirige el tráfico de Pest. Gul Babá no es tan teatral). Por lo demás, la tumba está vacía. ¿Y las babuchas? Ni rastro. Ya sé que no es hora de visitas, tal vez el padre de las rosas haya salido a dar un paseo.

Afuera, las rosas Crimson huelen a azufre. Treinta grados a la sombra. Este paupérrimo santuario, más que misterioso, es incomprensible. Además, el lío de los nombres no implica un simbolismo que pueda explicarse dignamente. Un golpe de realidad. En definitiva, el profeta calvo se ha convertido en el jardinero de Rózsadomb... Sin embargo, no habría podido ver nada más objetivamente extraño que este lugar, tan inquietante como ciertas miradas lúcidas que dirigimos de golpe a la vida, por ejemplo, a las tres de la tarde, no sin desazón.

## Café amargo

En Hungría, a uno le asalta lo pintoresco; el truco es eludirlo mediante tretas y escepticismo de todo tipo, siendo lo más sencillo «traducir» lo que se ve. Ese banco con la fachada violeta, dorada y azul, con unas grandes líneas verticales pintarrajeadas, no tiene nada de raro si pensamos que estamos en Hungría. No

es solo que encuentre este razonamiento perspicaz, además de justo, sino que, si evito lo pintoresco, lo que queda es un amor celoso por lo extraordinario, que demasiado a menudo puede confundirse con un exceso de extrañeza. La falsa maravilla ha deslucido a la auténtica, que es cotidiana, discreta, a veces microscópica, moralmente microscópica (es tan poca cosa que se nos puede excusar el no percibirla).

Así y todo, voy a contar una escena pintoresca, aunque la presenciara en otra ocasión, en Pest, durante otra estancia en la semana posterior a Navidad, la más lúgubre de todo el año debido a unas calles desiertas bajo la lluvia extranjera.

Una puerta baja se abre a un largo pasillo por el que rondan sombras con amplios vestidos largos que no son monjas por más que las bóvedas sean las de un antiguo convento. Nos internamos en una sala grande muy luminosa. Paredes encaladas y más bóvedas. Una larga banqueta se extiende por tres de las paredes, la cuarta está ocupada en parte por la barra (en un letrero solo pone el precio, 5 pengos) y en parte por una estufa inmensa con escalones a varios niveles. Dos o tres mesas con vasos y botellas se disponen aleatoriamente por un espacio donde revolotea el humo de los cigarrillos.

Algunos individuos solitarios producen ese humo en silencio sentados en la banqueta con la mirada baja, a la espera. Nos sentamos a una de las mesas y vemos en el centro de la estancia un árbol de Navidad de ramas anchas y resplandecientes, pletórico de adornos dorados, y, apiñadas alrededor, tiritando en ropa interior rosa, a unas chicas que entonan una canción popular y miran las luces con tristeza. Otras entran en calor junto a los peldaños de la estufa; esas no cantan. Hay cíngaras entre ellas: una, increíblemente bella, viste una bata blanca y negra.

Soy incapaz de tragar un café demasiado amargo que me rasca la garganta. Al salir no nos decimos palabra: el frío paraliza la mandíbula.

## Magnates en taxi

La plaza de San Jorge, en Buda, es una plaza absolutamente regia. Vacía, ofrece una perspectiva diferente. Silenciosa, con una desnudez solemne, entre el Palacio Real y el de un archiduque. ¡Un decorado de ensueño para el cortejo de una coronación!

Vi desfilar por allí a la cámara de los magnates el día que eligieron a uno de los cuatro guardias de la corona de san Esteban. Junto al porche del palacio apenas había un centenar de curiosos y algunos guardias. Los automóviles cruzaron la inmensa plaza despacio, uno tras otro, durante media hora, tras el saludo militar de los guardias en la entrada del palacio. Algunos diputados burgueses con redingote respondían al saludo moviendo la punta de los dedos, sin duda temerosos de alterar el equilibrio siempre precario de unos sombreros de copa relucientes de dignidad. Nunca olvidaré la sonrisa de aquel anciano príncipe: una sonrisa franca dirigida personalmente al hombre (ahí es donde la palabra «afable» recupera su majestuosidad). El tipo de al lado, que se parece a Francisco José de Austria, de quien tal vez fue criado, nombra a su paso a los Károlyi, los Festetics, los Esterházy y a esos condes Széchenyi, que construyeron el primer puente sobre el Danubio y, de este modo, fueron los creadores de la unión entre Buda y Pest. Hace tres semanas, en Freudenu, con ocasión del derbi vienés, los vi luciendo un bombín gris en la terraza del Jockey Club. Ahora, metidos en sus limusinas

blasonadas —principescas coronas como adorno de capó—, padres e hijos se cubren con los colores familiares. Permanecen bien derechos apoyados en unos sables curvos de oro cuyas empuñaduras relucen entre sus dedos enguantados. De vez en cuando, un collar de la Orden del Toisón de Oro deja ver su corderito sobre la piel de la pelliza del dolmán rojo o amarillo. Cordones, alamares, morriones con penachos, riqueza pesada, significativa, secular. Pero, ay, patética disonancia, evidente sinsentido de nuestros tiempos, muchos han tenido que alquilar unos taxis anticuados, de menor coste. Unos chóferes desaliñados, con la gorra ladeada sobre sus ideas sociales, similares a los chóferes de cualquier otra ciudad, conducen por el patio de honor a unas reliquias asombrosas que inciensan con gasolina.

Entre los espectadores reina la solemnidad. ¿Reliquias? Siguen resultando absolutamente efectivas. Ahí está el primado con los dedos levantados. Nos santiguamos. Y por ahí viene un archiduque a pie, solo, desde su palacio vecino. Se le dedica un hondo saludo en silencio (tintineo de las hileras de adornos en el uniforme caqui y de los sables que se mueven).

Llega otro coche, tarde: el presidente del Consejo, delgado, pálido y tieso, enfundado en un traje negro y dorado. Si el conde Bethlen fuera a la Sociedad de las Naciones vestido de magnate, muchos comprenderían mejor su política.

## Los cojines Rothermere

La mayoría de los Estados europeos expresan su nacionalismo como si fueran reivindicaciones de empresarios. Lo que pretenden defender son sus derechos e intereses. Sin embargo, el

nacionalismo en Hungría es una pasión pura que refleja la esencia íntima de la raza. Es un amor que no se discute; es un odio que no se rebate. Aquí, la simpatía es un deber de los buenos modales, ¿cómo no tomarla a bien en quien te recibe como un regalo de Dios? («Dios te ha enviado», dicta la fórmula tradicional.)

El licor de melocotón favorece la locuacidad, así que vaciamos tres vasos de un trago a modo de saludo. Es entonces cuando se sacan las cartas de la «Hungría mutilada»:

—¿Sabe usted que nos han robado dos tercios de patria?

—¡Ah! No me diga usted que va a pedirle a sus anfitriones que den explicaciones por el trato dispensado a los forasteros durante los buenos tiempos, que se han metido en algunas regiones hasta ser mayoría.

Aun así, les instaremos a decir que las cifras se equivocan con respecto a la antigüedad de una civilización; que estamos hablando de valores; que si bien la población de las regiones perdidas podía ser de mayoría rumana o eslovaca, la minoría húngara tenía mayor relevancia, pues era la única activa y productora. El resto, aguateros.

Por esa inextricable confusión de injusticias que derivarían del esquemático wilsonianismo que configuró las fronteras actuales, por esa inversión de roles, cuando el opresor se convierte en el oprimido sin perder su superioridad racial, que es lo que le legitima realmente, comprendemos que el húngaro no sea muy sensible a los argumentos de «derecho» que autorizan tal caos. Le queda la fe en la eterna grandeza de Hungría —atemporal, ajena a las estadísticas— y también su dolor, el dolor del orgullo herido que, sin embargo, despierta simpatías, pues el orgullo húngaro no consiste en absoluto en estar por encima del otro, sino en ser quien se es. No es un nuevo rico, sino un aristócrata.

Por otra parte, como todas las amenazas son iguales, es preferible ese imperialismo mental que el imperialismo de la superproducción de máquinas y de niños.

Los húngaros no dejan de albergar la sensación de ser un escándalo con respecto al mundo moderno. Es algo que no se cuenta en las notas de agencia: los periodistas, una vez más, pasan por alto lo básico. No hay nada más relevante que el sentimiento, tanto en política como en otros ámbitos. Pensemos en lo que conforma la opinión, en ese conjunto de mitos sentimentales en los que se apoyan los argumentos. Pensemos con qué frecuencia las razones que se alegan ocultan las causas que operan.

En este punto, regreso a mi coto y toco el cuerno de caza. Macrocósmos y microcósmos: la política ciudadana es similar a la de los individuos, al menos en lo que se refiere al autoengaño; pero los húngaros no reniegan de su romanticismo. ¡Qué revancha se tomaría Hungría en un mapa de los afectos basado en el tratado de Trianón!

Todo esto estuve pensando echado en un diván por culpa de un cojín de seda blanca donde se dibujaba la sonrisa optimista de lord Rothermere sobre un fondo negro.

Un puñado de artículos en favor de Hungría, en un momento en que Europa parecía abandonar a su (mala) suerte a un pueblo alborotador y decepcionado, bastaron para convertir a un especulador inglés en un ídolo del nacionalismo magiar. Su retrato se exhibía en cafés y universidades, también aparecía bordado en los escaparates de tiendas de ropa, y su nombre se leía en letras inmensas sobre una montaña pelada cerca de Budapest, lo cual da fe de una esperanza ciega que Rothermere supo alimentar en torno a una acción más simbólica que eficaz, aunque meritosa. Y que no llevaba a nada.